

Biblioteca-Films

NÚM.
396

La sombra de la Ley

25
CTS.



William
Powell

Marion
Shilling



GASNIER, Louis

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

VALENCIA, 234 - APARTADO 707

Sdad. Gral. Española de Librería. Barbrá, 16

B A R C E L O N A

AÑO VII

APARECE LOS MARTES

Núm. 397

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

■ ■

Shadow of the Law, 1930

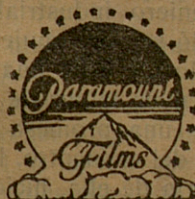
LA SOMBRA DE LA LEY

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por el gran actor cinematográfico

WILLIAM POWELL

Adaptación por M. NIETO GALÁN

EXCLUSIVA
DE LA INVICTA



P.º GRACIA, 91
BARCELONA

REPARTO:

Jim Montgomery WILLIAM POWELL
Edith Wentworth Marion Shilling

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Primera parte

El encuentro fué obra de uno de esos azares no buscados, pero si bien recibidos, del imprevisto cotidiano cuyas posibilidades son acaso el encanto máximo que ofrece la vida de las grandes ciudades, donde un hombre galante sabe a qué sale de casa, pero nunca a qué mujer le tocará acompañar hasta la suya. La del hallazgo de Jaime Montgomery, joven ingeniero industrial, de brillante porvenir, resultó ser una mujer bellísima, de un encanto seductor y de una sonrisa fascinadora, entre cuyos labios de color de fresa parecía pender una promesa de dicha inefable. Después del encuentro, la elegancia de él y la coquetería de ella, hicieron todo para que juntos volvieran al hotel donde Jaime Montgomery paraba. Era el hotel Franklin y al llegar a él, Jaime ayudó a bajar del auto a su bella acompañante, quien le dijo extraña:

—Parece mentira que viva usted aquí desde hace tiempo y no nos hayamos visto hasta ahora. Yo paro en este hotel desde hace dos meses.

—Pues nunca me perdonaré mi falta de curiosidad — respondió galantemente Jaime. —¿Y en qué piso vive usted?

—En el décimo, casi en uno de los últimos.

—Yo vivo en el noveno—siguió diciendo Jaime, a la vez que le dejaba paso para que entrara en el ascensor en cuya puerta estaba un criado.

Subieron al piso décimo y ella exclamó:

—Ya hemos llegado y le agradezco su compañía.

—¿Pero me va usted a dejar, sin saber siquiera su nombre?—exclamó Jaime.

—Me llamo Ethel Barry, y le dejo porque ya es tarde.

—Nunca es tarde para fumar un cigarrillo, ¿no le parece?

Ya miss Barry había sacado la llave de su cuarto y Jaime sin dejarla abrir, se apresuró a hacerlo él, a la vez que le decía:

—No puedo permitir que haga usted un esfuerzo tan grande.

Abrió la puerta, dejó pasar a Ethel y él la siguió, encontrándose con la sorpresa de ver en el interior del compartimento de ella a un hombre que la esperaba tranquilamente

sentado en un sillón. La presencia de este personaje no pareció tranquilizar mucho a la dama, que procurando disimular su nerviosidad quiso justificar la presencia de Jaime, diciendo al que le aguardaba:

—¿Tú aquí, Lew? ¡Yo te hacía en Chicago... Te presento a mister Montgomery... Nos hemos conocido casualmente en una partida de bridge...

—¡No me interesa!—refunfuñó Lew.

Jaime, a quien por otra parte, tampoco le interesaba terminar a puñetazos la aventura emprendió una retirada prudente dejando a Lew y a la bella desconocida que discutieran y arreglaran aquello como mejor les viniese en gana.

Entró en sus habitaciones y apenas se colocó un batín cuando oyó voces de arriba y a Lew que gritaba:

—¡Te voy a matar!... ¡No saldrás con vida de mis manos!

Pasaron unos momentos y de pronto entró despavorida Ethel, gritando:

—¡Sálveme, por Dios! ¡No le deje entrar, quiere matarme!

Mas antes de que Jaime tuviera tiempo de cerrar la puerta se precipitó dentro de la habitación Lew y comenzó a pegar a Ethel. La caballerisidad de Jaime se impuso inmediatamente y salió en defensa de la dama. Su acto dió lugar a que Lew se encarase con



...dió un paso en falso y cayó por la ventana...

él y comenzara a puñetazos. Intentó Jaime defenderse y en aquella lucha Lew dió un paso en falso y cayó por la ventana a la calle muriendo en el acto.

Jaime se dió cuenta de las graves consecuencias que podría tener para él aquel accidente y mientras que en la calle la gente se arremolinaba en torno del cadáver de Lew, él se volvió a Ethel y le dijo:

—Usted lo ha visto... Ha sido un accidente.

—Si me quedo, me veré envuelta en un escándalo—contestó ella cínicamente, abandonando la estancia de Jaime.

Llegó la policía, Jaime fué sometido a un interrogatorio, en el que explicó la forma en que había sucedido el accidente, poniendo como es natural por testigo a la dama.

—¿Y dónde está ella?—preguntó el detective Mike Kearney.

—Debe haber subido a sus habitaciones—respondió Jaime.

—Vamos a ellas. ¿Las conoce usted?—inquirió de nuevo el detective.

—Sí, son las del piso de arriba.

Mas cuando llegaron a las habitaciones de Ethel, ésta había desaparecido, sin dejar rastro de ella.

Segunda Parte

La causa seguida contra el ingeniero Jaime Montgomery, terminó con condena de perpetuidad por delito de homicidio. De nada valieron las protestas de inocencia que hacía el acusado ni los esfuerzos del abogado defensor. Todos los hechos, estaban en con-

tra del reo. La única persona, que por haber presenciado lo ocurrido, hubiera podido salvar a Jaime era Ethel, y ésta se ocultaba como si se la hubiese tragado la tierra; lo cual en la mente del juez y de los jurados, era una prueba más de la culpabilidad de Montgomery.

Algunos días después de celebrarse la vista de la causa, en unión de otros cinco presos más, Jaime Montgomery, el hombre honrado e incapaz de faltar a la menor idea de justicia y lealtad, era entregado al jefe del presidio como si se tratase de un vulgar asesino. Tras aquellas rejas, que se cerraron al pasar, dejaba toda una vida dedicada al trabajo y a la laboriosidad, tras ellas quedaba la libertad y el honor y por si esto era poco, hasta se le quitaba el nombre y se le daba el de 18.666.

Rasurado el bigote y vestido con la burda ropa de presidiario, Jaime fué conducido a una de las celdas de la Casa Grande, en unión de otro de los que habían llegado aquel día, un pobre diablo llamado Pete, para quien la aficción a la propiedad ajena le habían llevado ya por tercera vez a aquel alojamiento. Pero a pesar de este defecto, interiormente Pete tenía un alma de niño. Los embates de la vida le habían llevado a aquella situación y tal vez también alguna mujer, por el miedo que parecía profesar a todas ellas.

Recostado sobre su camastro veía a su compañero con la cabeza entre las manos y le preguntó:

—¿Cuánto?

—Perpetua—respondió a Jaime.

—¿Quién fué ella? — siguió preguntando Pete.

—Perpetua—respondió Jaime.

—¿Y por qué?

—Por homicidio.

Pete bajó de su camastro y acercándose a Jaime volvió a preguntarle:

—¿Tienes hierba?

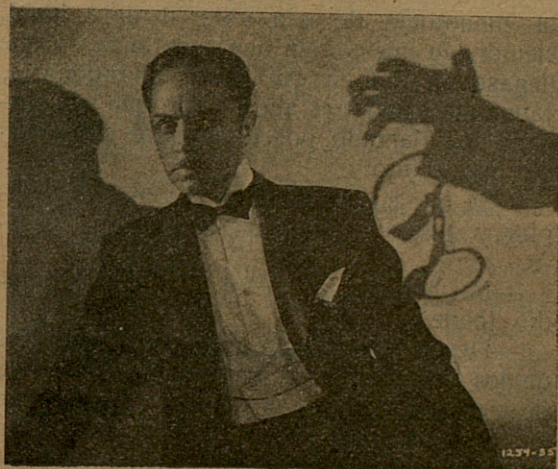
—¿No sé lo que quires decir?

—¿Que si tienes tabaco?

Jaime por toda contestación sacó el paquete y se lo entregó a Pete, que no solo hizo un cigarro, sino que se aprovechó del estado de su compañero para echarse una buena cantidad de tabaco en el bolsillo. Devolvió luego el paquete y le preguntó:

—¿En qué piensas?

—En todo lo que me ha pasado en tan poco tiempo. Hace unos días yo era un hombre honrado, disfrutaba de una buena posición, mi nombre era respetado por todos, amaba la vida y han bastado solamente unos cuantos días para que todo aquello desapareciera, para que todas mis ilusiones se derribasen por el soplo de la adversidad y me



Algunos días después.

vea vestido de esta forma absurda, sin nombre y encerrado para toda la vida.

Pete, algo más filósofo que su amigo, o tal vez más realista, exclamó:

—Déjate de pensar en tantas cosas y preocúpate sólo de una: de salir de aquí cuanto antes. Piensa en la manera de poderte evadir, que es lo principal. Yo solamente tengo cinco años y ya me ocupo de la forma en que podré disminuir mi condena.

Y en la lobreguez de la Casa Grande, en

la monotonía de una vida siempre igual, siempre lo mismo, sin una esperanza de que llegase un día en que poder abandonarla, Jaime vió pasar tres años, hasta que una mañana fué llamado por el director del presidio que le dijo:

—Sé que su conducta en el penal es ejemplar y quiero recompensarle como se merece.

—Muchas gracias, señor director—respondió Jaime.

—Desde hoy que da usted nombrado jefe de los inspectores de talleres, gozará usted de ciertos privilegios y comerá aparte; pero en compensación deseo que me preste un pequeño servicio. Se trata sencillamente de que su compañero de celda le diga donde está escondido el dinero que ha robado y quiénes son su cómplices.

Jaime se dió inmediatamente cuenta del desagradable papel que le habían reservado, pero también pensó que si no lo aceptaba él, otros habrían que lo aceptarían y respondió:

—Confíe en mí, que yo haré cuanto esté de mi parte para arrancarle esa confesión.

El director lo despidió con verdadera amabilidad y en cuanto entró en su celda, Pete le preguntó:

—¿Para qué te quería el director?

—Para nombrarme jefe de los inspectores de talleres—respondió Jaime—pero no debes

decir nada que pueda perjudicarte delante de mí.

—¿Por qué?—preguntó extrañado Pete.

—Porque me ha reservado el papel de soplón. Quiere que te saque la verdad del robo y que vaya luego con el cuento. Yo he aceptado pensando que era el mejor medio de librarte de una persecución continua.

—Has hecho bien—exclamó Pete—. Ahora ya no hay que pensar más que en el medio de que puedas salir de aquí, de que busques a esa mujer y de que la hagas declarar la verdad para verte libre de la justicia. Sobre todo si consigues salir, ten cuidado donde pones los dedos. Tus marcas están aquí y ellas podrían delatarte fácilmente.

Jaime suspiró tristemente y respondió:

—Veo difícil la evasión.

—Mira—siguió diciéndole Pete—yo con la ayuda del sastre ya tengo medio hecho un traje para cuando me las largue, pero a ti te hace más falta que a mí. Lo tengo debajo del camastro. Ven, que te lo probaré y haré que lo arreglen a tu medida.

Se colocó Jaime la americana que tenía a medio hacer Pete, y mientras tanto, un empleado del presidio se presentó al director diciéndole.

—Al recoger las herramientas se ha notado la falta de unas tijeras. El sastre dice que no sospecha quién puede habérselas quitado.

—Que se registren inmediatamente a todos los reclusos;—ordenó el director.

Inmediatamente se procedió al "cacheo" de los presos, pero Pete se dió cuenta en seguida de lo que se trataba y arrojó, ántes que llegaran a su celda, las tijeras, mientras que hacía que Jaime se colocase la guerrera de presidiario encima de la chaqueta para ganar tiempo. Cuando ya iba a ser "cacheado", un policía encontró las tijeras y terminó por aquella vez el registro.

Siguieron los días en el presidio, Jaime ocupó el empleo y llegó a obtener la confianza de sus guardianes. Pero él seguía hora por hora pensando en su libertad, esperando que llegase aquel momento que parecía imposible y Pete seguía trabajando en favor de su compañero, con esa paciencia interminable que tiene todo presidiario, que sabe que lo que le sobra es tiempo.

Bajo la dirección de Jaime los talleres del presidio habían entrado en una actividad insospechada y sus ideas eran acatadas por el director sin discusión alguna.

Una día Pete le dijo a su compañero:

—Ya ha llegado el momento Jaime. Esta noche prepararé la caja, para que seas transportado al ferrocarril y desde él puedas escapar. Procura quedarte en los talleres el último.

—¿Crees que conseguiré salir?—preguntó ansiosamente Jaime.

—Estoy seguro. Pero lo mejor es no hablar más de esto. Las paredes de los presidios parece que tienen oídos.

Aquella tarde varios reclusos trabajaban, desembalando la maquinaria que había venido y Jaime daba instrucciones donde debía ser colocada, mientras que un camión esperaba que desalojasen las cajas para llevarse las al ferrocarril. Jaime, procurando ocultar su nerviosidad seguía apuntando la entrada del material, mientras que Pete cerraba una de las cajas que ya había sido vaciada. Por fin quedaron todas listas y los guardianes dieron la orden de que cada recluso fuese a su celda. Jaime siguió trabajando, como si con él no fuese la orden, hasta que se le acercó Pete y le dijo al cruzar:

—Número 55.

Montgomery no se dió por aludido y siguió su trabajo. Un guardián se acercó a él y le dijo.

—¿Vienes?

—Todavía no—respondió Jaime—. Quiero terminár estas anotaciones ahora.

—Pues cuando termines, vuelve a tu celda—terminó diciéndole el guardián, a la vez que salía de los talleres. Los obreros que habían quedado siguieron cargando las cajas en el camión y Jaime, aprovechando un

descuido de ellos se metió en la señalada con el número 55, donde encontró ya preparado el traje que había de ponerse para salir de allí.

Cargaron la caja en el camión y sin que nadie sospechara nada salió del presidio y media hora después quedaba cargado en un vagón del ferrocarril, que había de salir inmediatamente.

Pero al mismo tiempo, había sido advertida la fuga de Jaime y la sirena del presidio dió la señal de alarma, mientras que el director y varios policías se dirigían en auto a la estación, convencidos de que el evadido iba en una de las cajas.

Cuando llegaron a la estación el tren acababa de salir y solamente tuvieron tiempo para telefonar a la estación próxima, ordenándole que hiciese señal al tren para que parase, mientras ellos seguían el mismo itinerario en automóvil.

En una de las señales que existen en todas las líneas férreas para advertir algún peligro a los maquinistas, el que conducía el tren en que iba Montgomery, vió la señal de parada y detuvo el comboy hasta que llegó el director del presidio y dijo al jefe del tren:

—Se ha evadido un recluso del presidio y debe estar en una de las cajas de maquinaria que se han cargado.

Fueron al vagón donde estaban éstas y

allí pudieron confirmar las sospechas del director al ver una caja vacía y dentro de ella el uniforme del presidiario.

Jaime Montgomery, gracias a la ayuda de su compañero de cárcel había conseguido la libertad y podía desde aquel instante ponerse en persecución de la mujer, por quien había sido condenado.

Tercera Parte

Pasaron dos años, dos años de continuo huir de la justicia y sobre todo del detective Kearney, que había jurado detenerlo nuevamente. Durante aquel tiempo Jaime Montgomery tuvo que luchar contra todo y contra todos, para abrirse camino en el laberinto proceloso de su Destino. Cambió de nombre, adoptando el de John Nelson y al cabo de estos dos años lo vemos de nuevo en Suf-flax, una población de California. Su inteligencia, sus grandes conocimientos técnicos industriales y su honradez pronto llegaron a captarse la simpatía y la confianza del dueño de la fábrica, llegando en poco tiempo a ocupar el cargo de gerente de la misma y un

lugar preferido en el corazón de la deliciosa Edith, angelical chiquilla, para quien aquel primer amor de su vida lo era todo en el mundo. El padre de ella, el señor Webtworth, propietario de la fábrica, veía con buenos ojos el sentimiento que su gerente había despertado en su hija y solo esperaba el momento en que aquél se decidiera a pedirle su mano para otorgársela.

No obstante, los días pasaban y por más que Edith le había demostrado plenamente el amor que sentía por él, Montgomery nada le había dicho. Y no era porque el ingeniero no la amase, sino que al contrario, sentía por ella una pasión, que para ponerle freno y ocultarla necesitaba de toda su fuerza de voluntad. Sobre él pesaba la sombra de la ley, era, aunque inocente, un fugado de presidio y de ninguna forma quería mezclar la vida apacible de Edith en la suya.

Una mañana, mientras despachaba la correspondencia con su secretaria, le llamaron por teléfono diciéndole que había un señor que se llamaba Pete y que quería hablar con él. Terminó de dictar la carta a la mecanógrafa y le dijo:

—Cuando haya entrado ese señor, no deje pasar a nadie bajo ningún pretexto.

Se presentó poco después Pete, el cual venía luciendo un traje nuevo a cuadros, como para chillarle de ridículo. Al ver el despacho

de Jaime quedó un momento cohibido, hasta que éste le alargó los brazos y lo estrechó diciéndole.

—Siéntate Pete y cuéntame algo de tu vida.

—Poca cosa—respondió éste—. Cumplí la condena y busqué en el periódico que me dijiste tu clave y en cuanto di con ella me puse en camino. ¿Y tú has averiguado algo?

—Sí, ya di con ella. Gracias a un detective sé que vive en Nueva York con el nombre de miss Barry. Solamente tu puedes en esta ocasión salvarme.

—De mí dispones como de cualquier cosa tuya—respondió Pete—pero por tu bien te aconsejo que la dejes. Los líos con mujeres nunca traen nada bueno. Yo las odio a todas.

—Yo a todas, no—exclamó Montgomery, pensando en Edith.

Y como respondiendo a su pensamiento se presentó en aquel instante la joven, que exclamó al ver a Pete:

—Perdone, John, creí que estaba solo.

—Es un íntimo amigo mío, señorita—respondió Jaime.

Edith ofreció su manita a Pete y a la vez que le sonreía deliciosamente exclamó:

—Si es usted un buen amigo de John, quiero que también lo sea mío.

El pobre Pete estaba tan azarado que no

supo qué contestar y Edith siguió diciéndole al ingeniero:

—Mi papá me ha enviado para que le invite a usted a la fiesta que damos en nuestra finca.

—Muy agradecido, señorita Edith, pero no me será posible asistir, porque tengo mucho trabajo pendiente—respondió Jaime.

—Pues papá me ha dicho que quiere que usted vaya. Ya verá qué furioso se pone cuando sepa su negativa.

Y sin esperar contestación la muchacha salió del despacho de Jaime, a quien momentos después llamaba el propio Webtworth a su despacho. Cuando estuvo allí, su jefe le preguntó:

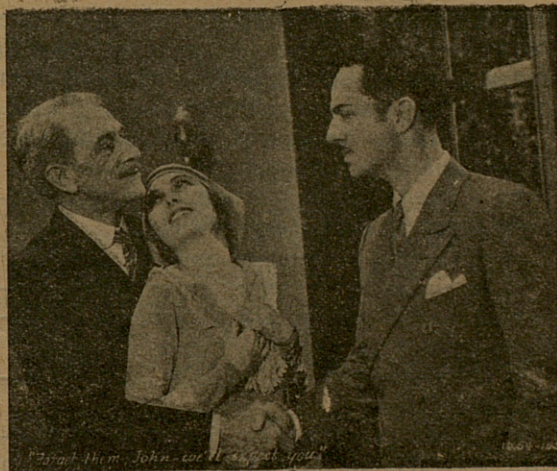
—¿Por qué no quiere usted venir a mi fiesta?

—No es que no quiero ir, sino que no puedo. Estamos en la época de inventario y tengo mucho que hacer todavía.

—Pues deja usted todo lo que tenga que hacer y viene. Cuando yo invito lo hago siempre para que se acepte. ¿Entendido?

—Sí, señor—respondió Jaime saliendo nuevamente del despacho del jefe y volviendo con Pete. Reanudó su interrumpida conversación y le dijo:

—La mujer está en Nueva York, como te decía. Debes ir allí y por medio de dinero obligarla a que declare la verdad de lo suce-



—¿No quiere usted venir a mi fiesta?

dido. Aquí tienes cinco mil dólares los cuales puedes gastar.

—Está bien—exclamó Pete—. Nunca me ha gustado meterme en líos de mujeres, pero se trata de ti y te prometo que haré todo lo que esté de mi parte.

Se despidieron los dos amigos y al día siguiente Pete salió para Nueva York.

Lo primero que pensó a su llegada a la ciudad neoyorquina fué ponerse a la busca de la tal miss Barry. No le fué difícil encon-

trarla, debido a la clase de vida libre que llevaba y una vez tuvo sus señas se presentó una mañana en su domicilio, diciéndole a la doncella que salió a recibirle:

—La señora me espera, haga el favor de decirle que la aguarda un señor.

La doncella, comunicó el aviso y poco después apareció miss Barry diciendo:

—¿Es usted la persona que desea verme?

Pete, sin andarse con ninguna clase de diplomacia, a la que no era aficionado, fué directamente a su asunto diciéndole:

—Usted dispense... ¿No solía llamarse antes Ethel Barry?

—¿Quién es usted para dudar de mi nombre? — exclamó miss Barry, indicándole la puerta para que se marchara. Mas Pete con su cachaza habitual exclamó:

—No se ofenda, señora. A nadie llevan a la cárcel por tener otro nombre. Seguiré buscando a Ethel Barry para hacerle entrega de una gran cantidad.

El efecto fué rapidísimo, abandonó su aire de ofendida y acercándose a Pete le dijo:

—¿Y si yo fuera la persona que busca? ¿Es verdad eso que ha dicho del dinero?

—Véalo usted, señora—respondió Pete— aquí tengo cinco mil dólares para comenzar.

—Usted ha ganado — exclamó finalmente Ethel—. ¿Qué hay que hacer para convencerle que soy Ethel Barry?

—Decir lo que no declaró en el juicio de Jaime Montgomery.

Mis Barry se vió cogida en la trampa, pero pronto tuvo una salida y respondió, adoptando un aire de profunda condolencia.

—Si hubiese sabido donde estaba, ya hace mucho tiempo que le hubiese ayudado.

—Así me gusta oírla hablar—exclamó Pete cayendo en el lazo que le tendía la astuta mujer—. Váyase a hacer las maletas y tomaremos el tren de esta tarde.

—Pero yo no puedo consentir que me vean con usted—exclamó miss Barry.

Pete se sintió ofendido y respondió a su vez:

—Tampoco me gusta a mí viajar con una mujer. Será mejor que vaya usted sola a Sufflax.

—¡Sufflax! ¡El punto donde estaba escondido Jaime! ¡Aquello era lo único que a ella le interesaba saber. Ya penas salió Pete, llamó por teléfono al detective del hotel y le dijo:

—He visto salir de mis habitaciones a un hombre que no me inspira confianza. Deténgalo y regístrelo, por si me ha robado algo.

Gracias a esta estratagema Ethel se vió libre de Pete y aquella misma tarde tomó el tren que había de conducirla al punto donde estaba Montgomery, pensando que él no

dudaría en entregárle una crecida suma en cambio de que ella no le denunciase.

Entre tanto, Pete, detenido, por haberse encontrado una crecida cantidad de dinero, la misma que le entregara Jaime, era interrogado acerca de la procedencia de aquellos billetes.

A las preguntas del detective Mike Kearney, que casualmente se hallaba allí, respondió Pete, sin querer descubrir el paradero de su amigo.

—Este dinero lo he heredado de unos parientes ricos.

—¿Y no nos puede usted decir donde estaban esos parientes?—preguntó con sorna el detective mientras que miraba atentamente los billetes, hasta exclamar al fin:

—No es necesario que lo diga. Estos billetes están editados por el Banco de California. Allí me enteraré yo personalmente.

Y Pete quedó detenido en calidad de sospechoso, mientras que el detective salía inmediatamente hacia California, con el fin de averiguar la verdad de aquella herencia.

Cuarta Parte

Aquella noche celébrase la fiesta a la cual tan insistentemente había sido invitado el ingeniero Nelson. Hallábase éste bebiendo un refresco en unión de Edith, cuando se presentó Ethel acompañada de otro de los ingenieros de la fábrica, con quien había procurado intimar la astuta mujer. A penas fué presentada a Nelson y a la joven, Ethel se dirigió a su acompañante y le dijo:

—Ya que usted no se decide lo haré yo. Miss Edith, mi compañero me ha traído hasta aquí solamente por el deseo de bailar con usted.

La muchacha, sin darse cuenta de las intenciones de aquella mujer aceptó y se fué a bailar con el ingeniero, mientras que Ethel le decía al fingido Nelson:

—¿Quiere usted que salgamos un poco al jardín? Allí estaremos más frescos.

Segundos después se hallaban los dos sentados ante una de las mesitas del jardín y Ethel, sin andarse con rodeos le dijo:

—¿No es usted mister Nelson, el mismo que vivía en el hotel Franklin de Nueva York?

—Se equivoca, señora—respondió Nelson.

—Si ha venido aquí para ver a ese señor, yo no soy.

—No he venido solamente por verle—respondió ella—he venido, además, a asuntos de negocios. No finja más porque lo sé todo. Su amigo Pete tuvo ciertas dificultades con la policía y yo me arriesgué a hacer el viaje sola.

—¿Y sabe usted cuál es mi deseo al hacerla venir?—preguntó Jaime.

—Porque lo sé es por lo que he venido a toda prisa. No crea que fueron los cinco mil dólares los que me hicieron venir—. Y recalcando las siguientes palabras, añadió—. Fueron cincuenta mil. No le será difícil conseguir ese dinero siendo gerente de la fábrica. Quizás a mister Wentworth le interesará ayudarlo... No es un secreto para nadie que es usted el prometido de su hija...

El ingeniero comprendió en seguida lo que se proponía aquella mujer, y el escándalo en que quería envolver el nombre de la mujer a quien amaba. Por lo mismo se apresuró a responderle:

—Procuremos no mezclar el nombre de miss Wentworth en esto.

—Resultará algo difícil cuando se sepa que es usted un escapado de presidio a quien la policía reclama—exclamó burlonamente miss Barry.

Nelson no pudo reprimir su indignación y exclamó despectivamente:

—Veo claramente que se trata de un caso de chantage. ¿Y qué diría usted si le dijese que me reintegraría yo voluntariamente al presidio, antes que consentir tal "afair".

—No lo creo tan tonto—replicó ella asombrada—. Piénselo bien... Mañana iré a recoger el dinero, en su oficina.

Nelson no quiso proseguir por más tiempo aquella conversación que tan enojosa le resultaba y se despidió de ella diciéndole:

—Puede usted hacer lo que quiera, pero yo le aseguro de que no me hará cambiar de parecer. Sé lo que debo hacer aun cuando me cueste un sacrificio.

Decidido a no mezclar para nada en aquel asunto el nombre de Wentworth, Nelson le presentó a la mañana siguiente la dimisión de su cargo, con carácter irrevocable. Como es natural, aquella decisión del ingeniero no pudo menos que extrañar al padre de Edith, quien llamó a ésta para decirle:

—¿Tú sabes qué es lo que le ha ocurrido a Nelson, para que quiera marcharse de la fábrica? Me ha presentado su dimisión y no sé a qué atribuirlo..

—Ahora mismo sabré la verdad de todo—respondió decididamente la muchacha, para quien la conducta de Nelson iba haciéndole algo sospechosa.

En efecto, inmediatamente fué a verle y después de reprocharle su actitud, le dijo:

—Si no fuera porque no tengo derecho a inmiscuirme en sus asuntos personales le preguntaría, a dónde va a ir después de dejar la fábrica.

—Usted tiene perfecto derecho a ello, Edith—exclamó él—. Usted se merece este acto de confianza por mi parte y se lo voy a decir, para que no me crea un desagradecido.

Nelson hizo un pequeño esfuerzo sobre sí mismo, para conservar toda su sangre fría y al fin le dijo:

—La mujer con quien me vió anoche es una chantagista. La policía me busca, porque soy un escapado de presidio sobre quien pesa una condena perpetua.

Y con voz velada por la emoción le refirió en todos sus detalles el hecho que le había llevado a presidio. Cuando terminó Edith le preguntó ingenuamente, sin dudar un solo instante de la veracidad de sus palabras:

—Pero si es inocente, ¿por qué quiere huir?

—Para no mezclar a usted, ni a su padre, si me detuviesen aquí.

—Pero yo no lo consentiré—exclamó Edith abrazándose a él.

Nelson intentó protestar, más en aquel instante entró el padre de la joven y ésta corrió a él diciéndole alegremente:

—¡No se marcha, papá!

—¿Con qué le has convencido? Me alegro—exclamó Wenworth, sin reparar en la cara de asombro de su gerente, y deseando dejar a los dos jóvenes solos se retiró a su despacho. Nelson, que no salía de su asombro reprendió dulcemente a Edith diciéndole:

—Me parece que ha hecho las cosas más difíciles para los dos.

—No tengo miedo—afirmó ella—. Buscaremos los mejores abogados y ellos arrancarán la verdad a esa mujer.

Unos discretos golpecitos en la puerta cortaron el diálogo y poco después apareció la secretaria de Nelson diciéndole:

—Afuera hay un caballero que quiere verle... El detective Kearney de Nueva York.

Nelson, suplicó con la mirada a Edith para que los dejara solos, y cuando ésta salió dió orden para que dejaran pasar al detective. Le ofreció un asiento y el policía empezó diciéndole:

—Mucho tiempo ha tardado usted en dar señales de vida, Montgomery.

—Sin duda debe usted estar equivocado, caballero—respondió Jaime—. No conozco a ningún Montgomery.

—Ya me esperaba que me diría eso, pero tengo sus huellas digitales y esas no fallan.

—Pero como para obtener la extradición mía de este país, necesita usted comprobar

esas huellas digitales con las mías, creo que le va a ser difícil.

—¿Quién sabe?—respondió el detective sacando una pitillera y ofreciéndole un cigarrillo. Nelson fué a tomarlo, más inmediatamente cambió de parecer y le contestó:

—Prefiero fumar de los míos, gracias.

—¿Pero, si son los mismos?—replicó el detective.

—Ya lo veo, pero su pitillera tiene el inconveniente de que dejaría grabada las huellas, precisamente lo que pretendo evitar.

—Luego, ¿confiesa usted que es Jaime Montgomery?

—Lo confieso de igual modo que le digo que soy inocente. Dentro de poco vendrá aquí la mujer culpable de todo. Quiere que le compre el silencio por cincuenta mil dólares.

Y como dijo el ingeniero a la hora señalada se presentó Ethel, quien inmediatamente se dió cuenta de que Jaime le había tendido una emboscada y se puso en guardia, diciéndole:

—He recibido su aviso y he venido para saber de que se trata.

—¿De que se va a tratar?, de la conversación que tuvimos anoche. Estoy decidido a entregarle esos cincuenta mil dólares que me pidió.

—¡Caballero!—exclamó Ethel fingiendo



...introdujo sus manos entre los rodillos...

indignación—. Yo nunca le he pedido a usted semejante dinero. Si hubiera sabido que su aviso era para esto me habría evitado el trabajo de venir.

Nelson no podía salir de su asombro al ver que Ethel seguía su juego perverso y lo dejaba en poder del detective.

Volvió a quedar con el detective, quién le dijo:

—Ya comprendera usted que no tiene otro camino que el de venir conmigo a la comisaría, donde quedará detenido hasta que se aclare la verdad de todo esto.

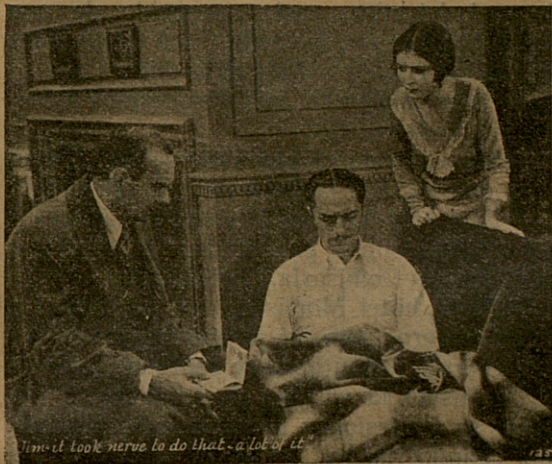
Nelson lo comprendió. Se vió perdido para siempre. En la comisaría le obligarían a comprobar sus huellas digitales y ya no podría conseguir la declaración de aquella mujer, que era la única persona que podría salvarlo. Necesitaba a toda costa ganar tiempo y una idea atroz cruzó por su mente. Dispuesto a llevarla a la práctica le dijo al detective:

—Por lo menos permítame ir a los talleres a dar las últimas órdenes a mis ayudantes.

—No hay inconveniente en ello—le replicó el detective—. Aunque le advierto que si piensa fugarse, pierde el tiempo. A mí difícilmente se me escapa un pajarito.

Pero, no era en la fuga en lo que había pensado Nelson, sino en la manera de destruir aquellas huellas y para ello bajó al taller en compañía del detective. Inconscientemente fué acercándose a una de las prensas y antes de que nadie pudiera evitarlo introdujo sus manos entre los rodillos. Un grito de dolor se escapó de su pecho al sentir el magullamiento de sus dedos y sin poder sufrir aquel dolor quedó privado de sentido durante todo el tiempo que duró la penosa operación de curarlo.

Al volver en sí vió ante él al detective y a Edith, que lo cuidaba amorosamente.



—Esos billetes se los encontramos a Pete...

El primero en hablar fué el detective que le dijo:

—¿Conque metió los dedos en la máquina para que no pudiese obtener las huellas, eh?

—Sí, señor—respondió el ingeniero—. Las huellas digitales no se duplican.

—Pero, ¿no comprendé usted que lo hizo para ganar tiempo y obligar a esa mujer a decir la verdad?

Verdaderamente la acción del ingeniero era de las que hacían dudar al más descrei-

do y el detective, casi convencido de que aquel hombre era inocente, sacó los billetes que había cogido a Pete y le dijo:

—Estos billetes se los encontramos a Pete... ¿Son de usted?

—Sí—contestó el ingeniero—. Se los di para que lograra la confesión de esa mujer.

—Está bien—replicó el detective, acercándose al teléfono y poniéndose en comunicación con la Comisaría, diciendo:

—En el hotel Morrisón hay una mujer a quien quiero someter a interrogatorio—Y volviéndose a Montgomery continuo—. Si ha dicho usted la verdad, yo arrancaré a esa mujer su confesión y le recomiendo además, que cuando quiera sacar la verdad a una mujer no mande un hombre con billetes, sino un policía.

Salió el detective y Edith abrazándose a su novio le dijo:

—Después de todo no es tan cruel como parece.

—Por que se vá convencido de que soy inocente.

—Lo mismo que yo lo estuve desde el primer día—exclamó ella, al mismo tiempo que estrechaba amorosamente a su amado y sus labios por primera vez saboreaban la dicha infinita de aquel amor tan grande como sincero.

FIN

PUBLICACIONES DIVERSAS

30 céntimos ejemplar

Pasado, presente y porvenir
por las rayas de la mano
Lo que dicen las pantorrillas
La vuelta alrededor del mundo
del "Conde Zeppelin"
Como debe escribirse al ser adorado
Los de Gutierrez en la Exposición
El Perfecto Galante
Tenéis el cabello castaño?
Es usted rubia? Es usted rubio?

25 céntimos ejemplar

Verdadera interpretación de
los sueños
Chistes buenos
Chistes malos
Chistes y colmos
Cuenticos baturros

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 Barcelona
Remite el importe en sellos de correo, añadiendo cinco
céntimos para el certificado.